

Se burlaban sin piedad de los doctrinarios que, de Londres ó de Bruselas, predicaban la denegación del juramento: «¿A qué molestar á los lectores, decían, si se tiene la resolución de no tomar asiento en la Cámara?» Sin duda, deseaban la República, pero mientras tanto se proponían colocarse en un sólido terreno de oposición constitucional, desde cuyo terreno vigilarían lo porvenir y atenderían á los intereses de su partido sin descuidar los suyos propios. Uno de aquellos jóvenes abogados, Ernesto Picard, era individuo del consejo de administración del *Siècle*: conquistó á Havin, director del periódico, y encontró un aliado en Neffizer, futuro director del *Temps* y entonces redactor de la *Presse*. De los conciliábulos de aquellos hombres nuevos nació la idea de revisar las candidaturas del comité Desmarest y poner bajo el poderoso patronato del *Siècle* la lista muy reformada. Ollivier fué designado, no para la décima circunscripción, sino para la cuarta, en substitución de Garnier-Pagés, hombre excelente, decían, pero vanidoso, impopular, incapaz, y que se había aprovechado demasiado tiempo de la fama de su hermano. No se limitaron á ese los cambios. Por un raro capricho que el talento no justificaba, un redactor de la *Presse*, llamado Darimón, fué designado para la séptima circunscripción en lugar de Bastide. En la octava Julio Simón fué reemplazado por Vavin. Para la primera circunscripción fué adoptada la candidatura de Leboulaye, redactor del *Journal des Débats*: era un medio de dar á la lista en conjunto un carácter moderado, de atraerse á los *Debates* y por ende, á su juicio, la burguesía.

Ante la audacia de sus auxiliares transformados de pronto en disidentes, los miembros del comité Desmarest quedaron estupefactos de asombro y de cólera. Eran personas de bien, de elevación de alma y de íntegra probidad, pero tenían algo de pontífices, y como en días fugaces habían gobernado y hasta dejado caer la República, se creían llamados á dirigirla para siempre. Prodigaron irritadas burlas á sus mezquinos rivales. ¿Quién era Emilio Ollivier? Picard respondía de él: pero ¿quién respondía de Picard? Ollivier escribió á Garnier-Pagés proponiéndole que se retirasen los dos: Garnier-Pagés contestó con una irritada negativa: Ollivier, resentido en lo más vivo, replicó á su vez con una altanería que rayaba en insolencia. Después de varias tentativas de conciliación, se publicaron las dos listas, una de nombres conocidos y pertenecientes á lo que podría llamarse la aristocracia republicana, y la otra oscura, pero fuertemente apoyada por el *Siècle* y los *Debates*.

En aquellas divisiones intestinas, ¿no iba el partido, republicano á destruir sus últimas probabilidades de triunfo? Esto era lo más verosímil. Pero no resultó así. En vísperas del escrutinio manifestóse un inesperado movimiento en la población parisiense. Las listas de candidatos publicadas en los periódicos eran leídas, discutidas y comentadas. En las perspectivas ya remotas del pasado, las faltas, los errores y las locuras del partido democrático empezaban á borrarse; hacía diez años que las calles estaban tranquilas: ¿no era oportuno dar al Imperio una lección, lección inofensiva, é introducir una ligera nota discordante en el concierto demasiado unánime de las aprobaciones? La crisis de los alquileres estaba en su período agudo, y el descontento nacido de esta causa influiría sin duda en la votación. El

gobierno presintió aquellas disposiciones. El día antes de la votación, Billault, ministro del Interior, y Haussmann, prefecto del Sena, denunciaron con gran dureza de lenguaje los propósitos de la renaciente facción republicana. Pero ¿qué podían aquellas advertencias, cayendo en medio de las masas parisienses, que por su nombre y por su disposición de ánimo escapaban á todas las solicitudes y á todas las habilidades de la candidatura oficial?

El 21 y el 22 se abrió el escrutinio. En provincias el triunfo del gobierno fué general, gracias á su actividad y gracias sobre todo á la indiferencia pública. Derrotó á todos sus adversarios, incluso Montalembert (1). Apenas se pudo consignar el nombramiento de cuatro ó cinco candidatos combatidos: Pichón y Brame en el Norte, ambos independientes, pero no hostiles; Curé en Burdeos y Henón en Lyon, adictos uno y otro, sobre todo el segundo, al partido democrático. Aquel éxito estaba previsto. Donde tenían puesta la atención las gentes á quienes todavía interesaba la política, era en París. De las diez circunscripciones del Sena, los republicanos ganaron cinco, pues fueron elegidos los señores Carnot, Goudchaux, Cavaignac, Ollivier y Darimón.

A pesar de los peligros de la crítica, los adversarios del gobierno no resistieron al deseo de poner de manifiesto lo que ellos consideraban como la moral de las elecciones. En las provincias en que la candidatura oficial no había encontrado obstáculos, la victoria imperial fué completa: en París, donde la presión del gobierno no había podido ejercerse de igual modo, el cuerpo electoral se había dividido, yéndose los unos con el poder y los otros con la oposición. De esto se deducía que las elecciones parisienses, las únicas exentas de dolo, violencia ó fraude, eran también las únicas que tenían un valor moral y las únicas que contarían á los ojos del extranjero y más tarde á los ojos de la historia. Ante esta afirmación, más temeraria que verdadera en el fondo, el gobierno, al principio, guardó silencio, ya porque la paradoja le pareciese demasiado grosera, ya porque estimase que los partidos derrotados tienen, como los litigantes que han perdido un pleito, veinticuatro horas para maldecir á sus jueces. Como el argumento se renovase, los periódicos que habían tenido tal atrevimiento fueron amonestados ó suspendidos. Y como continuaran las insinuaciones, el *Monitor* invitó á las gacetas, en términos conminatorios, que pudiesen fin á su polémica (2). El aviso era demasiado claro y terminante para que no fuese atendido. Un solo periódico, que se imprimía en el fondo de la Bretaña, fingió no haber oído nada y, con una tenacidad verdaderamente armórica, prolongó los comentarios. Una suspensión de dos meses castigó su obstinación. Después de lo cual todo volvió á entrar en el orden acostumbrado.

II

Aquellos rigores eran inútiles. Habían de transcurrir todavía muchos años antes de que el país volviese á entregarse á la política electoral. Otros acontecimientos,

(1) Montalembert tuvo 4.078 votos sobre 29.022 votantes. (Véase *Montalembert en Franche-Comté*, por Mgr. Besson, páginas 126 y siguientes.)

(2) *Monitor* del 10 de julio de 1857.

otros espectáculos y otras ideas absorbían ya la atención de tal manera que nadie se acordaba ya del Cuerpo legislativo renovado.

El 16 de julio, en el momento de terminar en París las elecciones de empate, se supo que Beranger acababa de morir. Era uno de los últimos representantes de aquel extraño partido que en tiempo de la Restauración combatió al primero de nuestros gobiernos constitucionales, abrigando sus reivindicaciones bajo los recuerdos del despotismo más terrible que había existido jamás. Nunca se dirá en voz bastante alta ni con bastante energía los funestos gérmenes de discordia, de desconfianza y de perturbación que aquel partido echó en nuestro país. Envenenó el manantial de los dos bienes públicos más grandes, á saber: la autoridad tradicional y la libertad misma. De todos aquellos fautores del mal, Beranger había sido uno de los más culpables, pues no tenía, como los valientes soldados del Imperio, la excusa de la cólera, de la derrota ó de la ignorancia. La popularidad, una popularidad malsana, pero inmensa, recompensó aquella obra de confusión, y, por el más extraordinario de los errores, se habían acostumbrado á venerar como el patriarca del liberalismo á uno de los más grandes corruptores de la idea liberal. Habiendo sonreído á la Revolución y al Imperio, Beranger, á la hora de su muerte, merecía ser reivindicado por uno ú otra. El gobierno imperial tomó la delantera. Cuando se supo que el gran cancionero se hallaba en la agonía, la emperatriz, por una inspiración algo excesiva si no hubiese sido calculada, hizo preguntar por su estado y se abstuvo de ir á una representación teatral á que debía asistir aquella noche. Luego que hubo expirado el enfermo, se acordó que las exequias del *Poeta nacional* se celebrarían á expensas de la lista civil. Pagando los funerales, Napoleón se reservaba el derecho de confiscar el cadáver. Repitióse el mismo aparato desplegado tiempo atrás en el entierro de Arago, pero con más pompa y con la presteza adquirida por la costumbre. «Me entero, decía en su manifiesto el prefecto de policía, me entero de que varios hombres de partido buscan la ocasión de repetir los desórdenes de otras épocas. El gobierno no sufrirá que una manifestación tumultuosa substituya al duelo respetuoso y patriótico que debe presidir á los funerales de Beranger.» Para apartar á la muchedumbre, se invocaba la voluntad del difunto que había encargado que se le enterrase sin discursos y sin ruido. Por consiguiente, se dispuso de antemano el fúnebre cortejo, «que se compondría únicamente de las comisiones oficiales y de las personas provistas de invitación.» El 18 de julio, al mediodía, hora de las exequias, la calle de Vendôme en que moraba el difunto vió acudir gran multitud, pero de soldados y funcionarios de uniforme. Los guardias de París montados abrían la marcha, y la cerraba un escuadrón de húsares: en todo el trayecto, hasta la iglesia de Santa Isabel y desde la iglesia hasta el cementerio, la carrera se hallaba cubierta por destacamentos de todas las fuerzas de París: en las calles adyacentes, una nube de municipales, afijidos sin duda, pero inflexibles, rechazaban con energía á los amigos demasiado turbulentos del difunto. El cortejo se encaminó hacia el cementerio del Padre Lachaise con una mezcla de pompa extraordinaria y de apresuramiento inusitado. De las ventanas y de los te-

jados llenos de gente partían de vez en cuando aclamaciones. Cuanto más ruidosas eran las manifestaciones, más se apretaba el paso, á impulsos del cumplimiento de los honores oficiales y del deseo de descargarse pronto del cadáver. Finalmente, por el camino más corto, se llegó á las alturas de la gran necrópolis, y el féretro fué bajado silenciosamente á la tumba de Manuel.

Mientras conducían á Beranger á su última morada, se hablaba casi públicamente de un complot contra la vida del emperador. Unos extranjeros, italianos según se decía, habían sido presos, y en sus domicilios la policía había encontrado armas y cartas que no dejaban subsistir duda alguna acerca de su intento. El 22 de julio, un suelto del *Monitor* confirmó el rumor general y anunció que un próximo proceso pondría de manifiesto aquellos manejos criminales. El 6 de agosto, tres italianos llamados Tibaldi, Grilli y Bortolotti comparecieron ante la Audiencia. El primero era un óptico que residía en París desde 1850, pero que había hecho varios viajes á Londres; los otros dos eran miserables comparsas asalariados y recién llegados de Inglaterra. Tres cartas de Mazzini interceptadas en correos, el secuestro de una maleta perteneciente á Tibaldi y que contenía puñales y pistolas, las contradicciones de los dos últimos acusados, contradicciones seguidas de confesiones, tales eran los elementos principales de la acusación. Tibaldi fué condenado á la deportación, y cada uno de sus dos compañeros á quince años de presidio.

Lo importante no era imponer una pena á aquellos vulgares culpables, sino castigar á sus instigadores ó al menos denunciarlos á Europa. Las cartas interceptadas establecían la culpabilidad de Mazzini. La sumaria pretendió llevar aún más alto las responsabilidades y sorprender, en fin, con las manos en el crimen, á uno de los desterrados de Londres que hasta entonces habían desconcertado todas las sospechas. En tres interrogatorios sucesivos (1) el acusado Bortolotti había afirmado que en abril de 1857 estuvo en Londres, en casa de Mazzini, acompañado de un tal Massarenti; que allí vió á un francés, alto, grueso, de bigote, cuyo nombre fué pronunciado en su presencia y que, decía él con su acento italiano, se llamaba *Drou-Rolline*. *Drou-Rolline* habló delante de él un rato con Mazzini. ¿De qué? El acusado declaraba que nada comprendió, porque ambos se expresaban en francés; pero Massarenti le dijo que hablaban de las costumbres del emperador, el cual, según Mazzini, salía con frecuencia solo y, según *Drou-Rolline*, iba siempre acompañado. La información juzgó que *Drou-Rolline* significaba Ledru-Rollin. A este indicio se añadía otro. Bortolotti, antes de marchar á París, había ido en busca de Massarenti y, alegando su miseria, le había pedido dinero: «Mazzini te dará, parece que contestó Massarenti, pero en este momento no tiene; yo tampoco y no lo tendré hasta que *Drou-Rolline* lo haya proporcionado (2).» ¿Qué fuerza probante convenía atribuir á la declaración de un acusado? Aquella conversación en francés, referida como oída contar por un italiano que la había presenciado sin comprender nada de ella, ¿merecía ser recogida? Aquel nombre de

(1) 16 de junio, 9 y 17 de julio, acta de acusación (*Gazette des Tribunaux*, 7 de agosto de 1857).

(2) Acta de acusación é interrogatorio de Bortolotti (*Gazette des Tribunaux*, 7 de agosto de 1857).

Drou-Rolline, alterado en un idioma extranjero, ¿constituía una designación suficiente? El lector juzgará. El 3 de septiembre, la Audiencia del Sena confundió en la misma sentencia á Mazzini y al famoso revolucionario francés, condenándolos á ambos en rebeldía á la deportación. Desde Londres, Ledru-Rollin protestó en un folleto y se ofreció á que le juzgara un jurado inglés, pero se guardó muy bien de renunciar á la seguridad del destierro. La confrontación, única capaz de destruir ó confirmar el indicio, faltó, pues, y este incidente obscuro indudablemente no se aclarará jamás.

Aunque preocupaba algo la frecuencia de los complots, Tibaldi y sus miserables cómplices fueron pronto olvidados. Con el verano empezaron las maniobras en el campo de Châlons. El emperador las presidió, y el público siguió con vivo interés aquellos grandes ejercicios militares. La fiesta del 15 de agosto coincidió aquel año con toda clase de solemnidades. Inauguróse el nuevo Louvre; instituyóse una medalla denominada de Santa Elena, en favor de los veteranos del Imperio. Pocos días después abrióse con gran pompa civil y religiosa el Asilo de Vincennes destinado á obreros convalecientes. Lo mejor de aquellas fiestas fueron las noticias que llegaban de Africa, anunciando que, gracias á la paciente actividad y á la prudencia del mariscal Randón, la Kabilia se había sometido definitivamente á la autoridad francesa: una gloriosa campaña que acababa de terminar había concluído por subyugarla, y parecía consolidada la conquista. De buena gana referiríamos aquí esos hechos de armas. Pero la Argelia ocupa un punto tan grande en nuestra historia contemporánea, se halla tan íntimamente ligada con nuestros destinos futuros, que nos proponemos consagrarle más adelante un capítulo aparte. De ella puede decirse lo que Salustio dijo de Cartago en su *Vida de Yugurta*: «Mejor es no hablar que hablar de ella incompletamente (1).»

En aquel entonces la curiosidad pública fué excitada por numerosos viajes de príncipes. El emperador y la emperatriz fueron á Osborne á visitar á la reina de Inglaterra. En largas conversaciones con el príncipe Alberto, Napoleón III se abandonó hasta revelar algunas de las tendencias de su política. Se quejaba mucho de la duplicidad de Austria, y esbozó el plan de grandes aglomeraciones nacionales. En cuanto al príncipe, procuró sobre todo poner en guardia á su augusto huésped contra una intimidación demasiado grande con el zar: «Habéis dado, le dijo, un gran paso hacia Rusia: lo que los rusos quieren es hacer del Imperio otomano una especie de Alemania con pequeños Estados que poder gobernar absolutamente sin gastos y sin responsabilidad (2).» Este lenguaje impresionó al emperador? Cabe dudar: un mes después se le vió ir á Estutgart para celebrar una entrevista con el emperador Alejandro. Es que ya meditaba toda clase de proyectos que no podían realizarse sin la neutralidad benévola del gabinete ruso. Después de tres días de fiestas oficiales, los dos monarcas se separaron, Napoleón para regresar á Francia y Alejandro para continuar la serie de sus reales visitas, pues no se volvió á sus Estados sin haber

(1) *De Carthagine silere melius puto quam parum dicere* (Iugurtha, cap. XIX).

(2) *Journal du Prince Albert*, 6 de agosto de 1857 (*The life of Prince consort*, por Teodoro Martín, tomo IV, págs. 99-113).

encontrado en Viena al emperador Francisco José y en Potsdam al príncipe regente de Prusia.

El otoño siguiente no fué menos fecundo en incidentes. Hubo grandes procesos que apasionaron al público. Un capitán del ejército francés, llamado Doineau, fué citado ante la Audiencia de Orán y condenado á muerte por asesinato de un jefe indígena. Un mes después, ante el tribunal correccional de Colmar, compareció y fué condenado por fraude electoral y uso ilegal de condecoraciones un miembro del Cuerpo legislativo, el señor Vieillard-Migeón. La importancia de estos procesos no estaba en el rango de los acusados, sino en las revelaciones que se esperaban. Ante los jueces de Orán se pusieron de manifiesto la arbitrariedad y los abusos de las oficinas árabes; ante los de Colmar se descubrieron los acostumbrados manejos de la candidatura oficial. En una y otra causa Julio Favre figuró entre los miembros del foro: en Africa fué el abogado de la parte civil contra Doineau; en Alsacia fué el defensor de Vieillard-Migeón. Nadie como él para agrupar los hechos, abultarlos, dar á comprender todo lo que no podía decir, ingerir en la verdad misma toda clase de insinuaciones que, á los ojos del público ignorante y prevenido, se confundiesen con ella. De esta manera comunicó á los dos procesos en que tomó la palabra toda la resonancia de las causas políticas más grandes.

En aquella época los tribunales correccionales entendieron en dos procesos muy diferentes, pero de naturaleza no menos excepcional. Entonces aparecieron las primeras producciones de lo que más tarde había de llamarse la *literatura realista*. Muchos opinaron que se ofendía á las buenas costumbres y reclamaron una represión. Gustavo Flaubert había sido ya procesado por su novela *Madama Bovary*, y los jueces lo habían absuelto. A su vez, el poeta Baudelaire fué citado ante la justicia por su libro *Les fleurs du mal*, y esta vez el pedimento fiscal fué seguido de una condena.

Así, pues, los debates judiciales reemplazaban, á los ojos del público, los debates disminuídos del Parlamento. En aquella misma época, el Palacio de Justicia ofreció otro espectáculo. En el mes de noviembre, el tribunal de casación se reunió en audiencia solemne para instalar un nuevo procurador general (fiscal) en substitución del Sr. de Royer que había sido llamado á desempeñar el ministerio de la Justicia, vacante por fallecimiento de Abbattucci. El que pasó á ocupar la fiscalía fué Dupin, amigo y albacea de Luis Felipe. Había desempeñado durante mucho tiempo el mismo cargo, que dimitió al publicarse los decretos sobre los bienes de la familia de Orleans. Después de seis años de retraimiento, estimó sin duda que el luto había durado bastante ó que la confiscación había perdido con el tiempo su aire de injusticia. Reapareció, con la frente erguida en medio de sus colegas, y con un descuido muy estudiado les explicó los motivos de su retirada y de su vuelta. Si abandonó su cargo, no fué por ningún motivo político, sino para consagrarse mejor al mandato que le confió un rey desgraciado muerto en el destierro. Cumplido aquel mandato, nada se oponía á usar de la benevolencia espontánea del emperador: «Vuelvo, añadió, *jure quodam postliminii*, al seno de la familia judicial, entre colegas cuyas costumbres dulces y afables me han consolado á menudo de los sinsabores de la política.»

Después de esta arenga, Dupin regresó á su casa, importándole poco las sátiras que durante mucho tiempo le persiguieron. Unas veces fingía no oirlas, y otras veces afectaba asombrarse de ellas. «Nunca había sido, decía él, hombre de partido, y si volvía al tribunal de casación, no era á costa de ningún sacrificio indigno, sino para servir á la justicia con independencia.» Lenguaje rigurosamente verídico y en manera alguna falto de probidad, pero que despertó, hasta en los círculos oficiales, un desdén algo despreciativo.

A fines de otoño se condujo á la última morada á un hombre cuyo mérito había consistido precisamente en salvar á través de muchas faltas la entera dignidad de

pasiva más rigurosa: así es que, al llegar á la vida pública, luchó perpetuamente entre las tradiciones de su juventud que le inspiraban la complacencia para todas las temeridades, y los hábitos de su vida militar que le convertían en el hombre menos dúctil del mundo. Oculataba la indecisión bajo las apariencias de la firmeza. Puesto entre los revolucionarios, que eran sus amigos, y los conservadores, que eran sus aliados, pegó un poco á ciegas, á derecha é izquierda, creyendo que con aquellos rigores alternativos afirmaba su imparcialidad. En la tribuna, generalmente, se mostró sutil hasta la obscuridad, á menos que la sinceridad de la emoción ó la grandeza de la causa lo elevasen por encima de su au-



Palacio del Louvre en París

su vida. Después del golpe de Estado, Cavaignac se había retirado á una finca, en el fondo del departamento del Sarta. Allí su salud, que había sufrido la triple prueba de las fatigas militares, de las emociones cívicas y, finalmente, del ostracismo, se alteró pronto. El 28 de octubre de 1857, en el momento de salir con una escopeta en la mano, sintióse súbitamente indispuerto: entregó el arma á un guardabosque, regresó penosamente á su casa y se desplomó exhalando un profundo suspiro, que fué el último. Su viuda quiso que París recibiese su cadáver. Ayudado de un amigo, envolvió al ilustre muerto en su gabán, ese capote que solían llevar los oficiales del ejército de Africa, le metió en una silla de posta y en tren especial lo condujo á la estación de Orleans.

Dos días después, en medio del respeto público el féretro fué transportado á la iglesia de San Luis de Antín y de allí al cementerio de Montmartre. No fué un duelo muy ruidoso ni siquiera muy profundo, pero sí un testimonio unánime, si no de afecto, de inalterable estimación. Es que las faltas de Cavaignac fueron debidas á la gente que le rodeaba, mientras que sus virtudes sólo á él se debieron. Su educación, impregnada de gérmenes revolucionarios, fué inferior á su naturaleza: destinado desde muy joven á la vida de campaña, se acostumbró á practicar y á imponer la obediencia

de sí mismo; en tales casos llegó á la más alta elocuencia. Todas esas manchas desaparecen á los ojos de lo porvenir en el simple y sólido brillo de sus memorables virtudes cívicas. Soldado, soldado victorioso y dueño de hacerlo todo, no quitó á la libertad sino lo que se vió obligado á quitarle, y su victoria le entristeció en vez de enorgullecerlo jamás. Confirmado en su poder, no cedió á ninguna tentación malsana, ni á la de la ambición, ni á la del oro, ni á la de la popularidad. Sus decaimientos provinieron de sus ideas, que á menudo flaquearon, y no de su corazón, que no meditó nada de bajo ni de servil. Al frente del gobierno ó devuelto por el voto nacional á su banco de representante, conservó siempre su rostro altivo y modesto, desdenoso de la intriga, del reclamo vulgar ó de la mentira. La suprema desgracia, que rompió á la vez su espada y su mandato, imprimió en su alma el último sello, y tuvo en su retiro, como Lamoricière, Bedeau y Changarnier, la amarga tristeza de ver á sus compañeros de armas combatir y vencer sin él. Era republicano por todos los recuerdos de su familia. «Todo lo sacrificaré á la República, dijo un día en la tribuna, hasta mi honor.» En esto se equivocaba. Nunca sacrificó su honor á nada ni á nadie, y fué precisamente aquel honor inmaculado lo que Francia entera, sin acepción de partido, saludó con respeto sobre su tumba.

III

En medio de todos aquellos incidentes y de todas aquellas emociones, ¿qué pasaba en el nuevo Cuerpo legislativo? ¿Nuevo! ¿Lo era realmente? Pudo ponerse en duda cuando en 28 de noviembre de 1857 se reunió, no para su verdadera legislatura, sino para la revisión de actas. En la reelección general nada había cambiado: eran las mismas caras, los mismos puestos distribuidos en los mismos bancos, los mismos consejeros de Estado investidos de las mismas atribuciones, el mismo reglamento, y probablemente iba á verse el mismo papel desairado, la misma existencia algo monótona, la misma docilidad temperada por algunos fugaces accesos de independencia.

Una preocupación dominaba en el palacio Borbón. ¿Qué harían los electos de la izquierda? ¿Se obstinarían en negarse á jurar? Y si se negaban, ¿no prepararían alguna salida dramática? Se recordaba á Manuel agarrado á su escaño y exigiendo que le arrancase de él una mano de polizonte. Entre los diputados reinaba una disposición compuesta de temor y curiosidad: temían un escándalo y secretamente deseaban quizá que se armase un poco de ruido en torno de la Cámara que decididamente daba demasiado poco que hablar.

Hubo una mezcla de tranquilidad y de decepción cuando, al principio de la sesión del 1.º de diciembre, el Sr. de Morny leyó á sus colegas dos cartas breves y sencillas por medio de las cuales los señores Goudchaux y Carnot negaban el juramento constitucional. Decían, en substancia, que ya lo habían negado en 1852, y que «cinco años de experiencia no habían hecho más que confirmarlos en sus sentimientos.» Reducida á tan modestas proporciones, la manifestación pasó casi inadvertida.

Sin embargo, el gobierno no quiso que semejante lección se repitiese, y un senadoconsulto (1), votado dos

(1) Senadoconsulto de 17 de febrero de 1858 (*Bulletin des lois*, 1858, primer semestre, pág. 73).

meses después, decidió que la prestación de juramento había de preceder á toda declaración de candidatura. En la ausencia de Carnot y de Goudchaux, que acababan de retirarse, y de Cavaignac, que acababa de morir, ¿qué le quedaba á la oposición radical? Dos representantes desconocidos, los señores Henón y Darimón, y, por cima de ellos, un abogado brillante, pero joven y poco menos que desconocido también. Era muy poco para preocupar á nadie. Bajo tal impresión los diputados procedieron á la aprobación de sus actos.

Los hechos no habían de justificar del todo aquella confianza desdeñosa. Las oposiciones no son fuertes únicamente por el número, sino que también lo son por la dirección que reciben, por el impulso exterior que las mueve ó las encadena, y sobre todo por los azares de la fortuna, que ora las abate hasta el aniquilamiento, ora las engrandece más allá de toda esperanza. Hemos visto oposiciones que, al principio de la legislatura, desbordaban en medio de los bancos de sus adversarios y que, por falta de dirección, por impopularidad ó por mala suerte, perdieron toda su importancia. Y hemos visto otras que, apenas advertidas al principio, han osado afirmar y á veces imponer su voluntad. Cuatro meses después de la reunión de la Cámara se procedió á elecciones complementarias, y los electores parisienses dieron su representación á Julio Favre, conocido desde hacía mucho tiempo, y á Ernesto Picard, el abogado que había patrocinado á Emilio Ollivier. Julio Favre, grande por la perfección de su elocuencia; Ollivier, ignorado aún, pero tan superior al propio Favre por sus estudios especulativos, por su espontaneidad y por sus conocimientos generales; Ernesto Picard, orador de segundo orden, pero peligroso *debater* de negocios y con frecuencia serio en un tono frívolo; y al lado de ellos sus compañeros Henón y Darimón: tales eran los que la Cámara y el país iban á llamar los *Cinco*. Estos *Cinco* serán la primera vanguardia de la verdadera oposición democrática, de la que, creciendo de legislatura en legislatura, hará penetrar la primera cuña en el sólido edificio del Imperio.

LIBRO DÉCIMOTERCIO

EL ATENTADO DE ORSINI

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—Orsini, su vida, sus aventuras: Pieri.—Primeros proyectos de conspiración: busca de cómplices; Bernard, Gómez, Rudio.—Fabricación de bombas explosivas.—Orsini en Bruselas y luego en París: transporte de proyectiles.—Reunión en París de todos los conjurados: sus preparativos.—Vagos avisos llegados á la policía.—El 14 de enero: el emperador; singular entrevista con el duque de Sajonia Coburgo: últimas disposiciones de Orsini y de sus cómplices.—La noche del 14 de enero: las inmediaciones de la Opera: los conjurados en su puesto, sospechas, detención de Pieri: llegada del cortejo imperial; triple explosión: terror y confusión: el emperador sale ileso.—La sala de la Opera.—Las víctimas.—Sumaria y pesquisas: singular facilidad con que se prende á los conjurados.
- II.—El emperador y su corte: de cómo la turbación y el miedo engendran el espíritu de represalias: discursos de Troplong y de Morny.—Reclamaciones á los gobiernos extranjeros: Bélgica, el Piamonte é Inglaterra.—Reacción en el interior: diversas medidas de rigor ó de previsión: sentimiento profundo de la inestabilidad del trono y esfuerzos para asegurarlo por medio del temor.—De cómo de este sentimiento nace la ley de *seguridad general*: sus disposiciones principales: público sentimiento de reprobación: algunos murmullos hasta en el Cuerpo legislativo: el general Espinasse, ministro del Interior, y su circular: la ley de seguridad general transmitida del Consejo de Estado á la Cámara: concesiones destinadas á atraer de nuevo á los diputados: hábil informe de Morny: discusión pública: Emilio Ollivier, Plichón, Andelarre, Riché y Baroche: de cómo el lenguaje oficial acaba de tranquilizar á los miembros del Cuerpo legislativo: la votación.—El proyecto en el Senado; Haussmann y el general Mac-Mahón.—Ejecución de la ley.
- III.—El proceso de Orsini y de sus cómplices: actitud de los acusados: Chaix-d'Est-Ange: Julio Favre y su extraordinaria defensa: ejecución de Pieri y de Orsini: «¡Viva Italia!»
- IV.—Francia é Inglaterra después del atentado: despacho de 20 de enero: carta del emperador á la reina: contestaciones conciliantes: elaboración de un proyecto de ley sobre las conspiraciones.—De cómo las exposiciones de los coroneles irritan en Londres el sentimiento nacional: reunión del Parlamento: debates borrascosos: enmienda Milner Gibson que implica la recusación del *bill* á su segunda lectura.—Tirantez de relaciones diplomáticas: sensatez del gobierno francés y despacho de Walewski que parece terminar el incidente.—Absolución de Bernard é irritación con que el fallo es acogido en Francia.—El duque de Malakof en Inglaterra: fiestas: testimonio de cordialidad: apaciguamiento: armamentos desmentidos.—El emperador y la reina Victoria en Cherburgo: discurso pacífico del emperador.
- V.—Estado general de Francia en 1858: confianza un poco alterada ya.—Los partidos: incidentes diversos.—Nubarrón que se forma por la parte de Italia.

I

Desde 1856 vivía en Inglaterra un italiano llamado Félix Orsini. Era oriundo de los Estados romanos y tenía treinta y nueve años de edad. Desde muy joven se había asociado á todas las empresas de la demagogia más exaltada. En 1845 el tribunal supremo de Roma le condenó á galeras perpetuas por conspiración contra el gobierno pontificio. El año siguiente, merced á la amnistía de Pío IX, recobró la libertad, pero menos con el arrepentimiento de sus extravíos que con el pesar de haber fracasado en su empresa. Bien se vió cuando, dos años después, nuevos trastornos agitaron á Italia. Orsini fué elegido entonces miembro de la Convención romana y desempeñó luego el cargo de comisario extraordinario, primero en Ancona y después en Ascoli; á pesar de que la época fué fecunda en violencias, él se hizo famoso por sus abusos de autoridad ó por sus exacciones. No por eso se desconcertó; y lo que más tarde los jueces pontificios llamaron robo, él lo llamó con indulgencia y casi con orgullo: «requisas

forzosas (1).» La equidad obliga á decir que, si cometió muchas rapiñas, no se enriqueció. Restablecido el poder de Pío IX, no tuvo ya asilo en su patria. Desde aquel momento anduvo errante por Europa, residiendo sucesivamente en Londres, en Suiza, en el Piamonte y en Lombardía, paseando por todas partes sus inquietudes, presa de todos los ardores de su naturaleza á la vez violenta y estrecha, fanática y vanidosa, y disfrazando con el nombre de patriotismo todas las ilusiones malas y perversas de su ambición nunca satisfecha. Viajaba con pasaportes falsos, urdía complots en todas partes, tan pronto se llamaba Herweg como tomaba el nombre de Celsi, y se disfrazaba tan bien, que á intervalos se pierden las huellas de su vida aventurera. Con el nombre de Herweg fué acusado en 1855 de conspiración contra el emperador de Austria y encerrado en la ciudadela de Mantua. Iba á ser ejecutado, cuando, con un valor muy grande y merced á la complicidad de

(1) Audiencia del Sena: interrogatorio de Orsini (*Gazette des Tribunaux*, 27 de febrero de 1858).